

## PASADO Y PRESENTE DE MI POESÍA

GONZALO PAYO SUBIZA

Numerario

### PRESENTACIÓN

RAFAEL SANCHO DE S. ROMÁN

Numerario

Excmo. Sr., Sres. Académicos, Sras., Sres.:

Me corresponde la tarea de presentar a Vds. una «Lectura de Poemas» de Gonzalo Payo Subiza, numerario de esta Real Academia desde 1975, y cuya personalidad, a más de sobradamente conocida, es fecunda, diversa y compleja.

Nace en la próxima localidad toledana de Pulgar, y tiene la suerte de hacerlo en el seno de una familia de talante liberal, en la mejor y más genuina acepción de la palabra, recibiendo en ella una esmerada educación intelectual y humanística; conocí, respeté, y admiré a su padre, don Marco, de quien siempre escuché palabras de sabiduría, tolerancia y elevada moral. Su infancia, transcurrió en una casa de campo junto a una viña ubicada en los alrededores del lugar, en íntima unión e identificación con el fluir cotidiano de la tierra y de sus gentes, que es como decir, la más ennoblecida escuela de los campos de Castilla. Vivencias de niñez y como tales, de hondo calado que no le abandonarán jamás.

Cercana su adolescencia, el domicilio familiar se traslada a la ciudad de Toledo -callejón de Gigantones-, en donde Gonzalo sobreponiéndose a una situación difícil, dolorida y silenciosa, inicia, no obstante, una brillantísima andadura académica, científica y cultural, hasta convertirse en uno de los toledanos más universales de

las últimas décadas. No dispongo de tiempo para detenerme en sus numerosos títulos, cargos o distinciones; tan sólo recordaré que desde hace treinta años es Director de Observatorio Geofísico de Toledo; especializado en Sismología, durante varios lustros su información y su opinión, ha sido siempre recabada por los medios de comunicación, en los eventos sísmicos, como la más autorizada en todo el territorio nacional. Investigador y docente, ha publicado más de setenta trabajos sobre el tema y representado a España en Congresos, Symposium, Reuniones y Asambleas en todo el mundo. Ha sido Presidente de la Asociación Iberoamericana de Geofísica y ha de mantener prolongadas y periódicas estancias en Ginebra como Representante de España en las Reuniones de Expertos en Sismología, bajo los auspicios de la Conferencia de Desarme desde el año 1987 hasta la fecha.

Pero, sin embargo, Gonzalo Payo es uno de los pocos toledanos con renombre internacional, que nunca quiso, aunque pudo, abandonar a su terruño y a sus gentes; si bien es cierto que el estudio del corazón de la tierra, le obligó a recorrer varias veces los cinco continentes, no es menos verdadero que siempre regresaba a su refugio toledano, a este pequeño trozo de corteza terrestre periférica, a estos «secanos entrañables que curtieron su alma», como el mismo nos dice; y en estas tierras, con sus gentes, con esa generación silente y malograda, hija de otra que sufrió demasiado y madre de otra generación sin apenas horizonte.

Y pienso que esta reflexión en la que se entrelazan la vivencia personal con la vivencia histórica, pudo ser la que impulsó a Gonzalo Payo a emprender una andadura política, en la que con la prontitud y brillantez en él habituales, ocupó en pocos años los cargos de Presidente de la Diputación Provincial, Miembro del Congreso de los Diputados en donde fue Presidente de la Comisión de Educación y Cultura, siendo más tarde elegido Primer Presidente de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Durante su período

al frente de la Diputación toledana, se crearon instituciones de tan marcada significación cultural para nuestra ciudad como la «Universidad Ortega y Gasset» y el «Conservatorio de Música».

Pero Gonzalo Payo ha sido y sigue siendo uno de los pocos intelectuales que van quedando en este país, con una curiosidad y un quehacer científico y cultural propios del Renacimiento, o quizá aún mejor, de las más cercana Ilustración: un hombre de talento y talante ilustrado; sensible a la música, le recuerdo de adolescente tecleando un viejo piano: «La música, el amor y la poesía» se titulaba uno de sus primeros versos. La pintura la ha cultivado siempre, con la mayor o menor asiduidad que los retazos del tiempo le han ido dejando; quizás ahora más que nunca; tal vez pronto veamos una exposición de sus cuadros, preferentemente paisajes que recuerdan los de su niñez, con planos ocres y amarillentos de tierras sedientas que se suceden en lejanía, hasta rematar en un cielo de sol cenital, con esa luz cegadora y blanquecina del estío manchego \*. Sin embargo, parece evidente que su vocación irrefrenable, su impulso irresistible, es el de escritor, tarea en la que se inició desde muy joven participando activamente en la vida cultural toledana, colaborando en revistas y periódicos, interviniendo en recitales, charlas, coloquios y conferencias, contribuciones que ha venido manteniendo hasta la fecha, pese a sus numerosas ocupaciones profesionales; ahora mismo firma en el diario YA una colaboración semanal. Pero a más de estas aportaciones literarias y de opinión, en las que puede detectarse su aguda percepción del latido de la sociedad contemporánea, ha escrito en prosa «Apuntes sobre un lustro de historia reciente» (1983); «La tenaza», finalista del Premio Ateneo de Sevilla (1984), y «La Escala de Richter», también finalista del Premio Planeta (1987).

---

\* N. de R.- La Exposición se celebró en mayo de 1995.

Pero Gonzalo Payo viene a leernos sus poemas bajo el título «Pasado y presente de mi poesía». Y es que yo diría que además de lo que hemos dicho de él, de todo lo que aún podría decirse, por encima de todo ello, y vertebrando medularmente su personalidad, Gonzalo es esencialmente poeta; poeta por su percepción trascendente de la realidad; porque sus más hondas reflexiones intelectuales y sus más vibrantes emociones, sentimientos y pasiones, siempre las formula en clave poética; porque en poesía expresa las más desazonantes preguntas del alma humana.

Publica muy pronto su primer libro de poemas «*Ensueños...*» (1953). Más tarde «*Debajo del silencio*» (1978), que incluye también entrañables composiciones de su padre; y finalmente «*Al caer la tarde*» (Poemas de amor y muerte)» (1992).

Sus primeros versos de juventud son un canto ilusionado a la vida y al amor, así como al mágico encanto de la ciudad de Toledo, con ecos románticos de Bécquer y Zorrilla. Pero más adelante, en plena madurez, parece como si una exigencia psicológica profunda obligara al poeta a reflexionar sobre lo ya vivido y lo que le queda por vivir; con los años, las experiencias se han acumulado y las cicatrices del alma se multiplican; una tonalidad pesimista y melancólica va impregnado cada vez con mayor insistencia la obra del poeta, que sólo esporádicamente emerge con rabia, con indignación, con una sana rebeldía juvenil, ante la inexorable y negra sombra de la existencia humana. En ocasiones, busca el refugio en nostálgicos recuerdos de la infancia, familiares o bucólicos, en ese silencio vivo del campo, en el que el poeta quisiera descansar.

Pero es la finitud o infinitud del ser humano, el aniquilamiento o la pervivencia más allá de la muerte, la existencia o no de un Ser Supremo más allá de la estrellas o los agujeros negros; en definitiva, es una meditación apasionada, una soterrada religiosidad la que fluye cada vez más caudalosa en la obra en una lucha verdaderamente agónica, como la de Unamuno, entre la evidencia científi-

ca, el anhelo de inmortalidad, la duda razonable y el cansancio de vivir.

Mucho más se podría decir sobre la obra de Gonzalo Payo repleta de sugerencias inquietantes y aún más para alguien de su generación; puede que lo hagamos algún día.

Pero a partir de este momento, dispónganse a escuchar al autor de estos versos sencillos, medidos, clásicos y profundos, acompasados en el interludio de sus Cuatro Partes por el cautivador sonido de una guitarra española: la de Juan Ignacio González Aranda, jovencísimo concertista toledano, cuyas raíces familiares también crecieron en tierras de Pulgar; formado en el Conservatorio de Toledo, y con todo el futuro del mundo entre sus dedos en el arte de las seis cuerdas.

Un último ruego recabo de Vds: su silencio durante la lectura de los poemas que constituyen cada parte del recital.

El poeta se encargará con un gesto puntual de indicarles el final de cada parte. Gracias.

## INTRODUCCIÓN

Sr. Presidente, amigos todos, tal como ha dicho mi amigo el Dr. Sancho, voy a leerles unos cuantos poemas de mi obra poética. Los he dividido en cuatro partes, bastante separadas en el tiempo. La temática de estas cuatro etapas de mi vida poética, corresponde una a la juventud, otra a la madurez de los cuarenta años, después una parte referida a la edad de la serenidad y una última parte que son versos inéditos de un libro que he terminado hace poco y quizá mas moderno en la forma, evitando el clasicismo de las otras etapas. Y como yo soy un hombre «de ciencias», en vez de letras -aunque no lo parezca- quiero organizar un poco la forma de presentar el recital. Me ha parecido oportuno sugerir que aunque lo habitual suele ser aplaudir al final de cada poesía, aquí reservaremos esta manifestación protocolaria -si se considera oportuna esta cálida muestra de afecto- haciéndolo al final de cada parte, con objeto de acortar un poco la sesión, porque -ármense de paciencia- escuchar poesías así a palo seco, es un duro oficio. Algo así como cuando acudimos a ver a estos actores que interpretan una obra de un solo personaje, para lo que hay que tener muchas ganas de escuchar y atender. Espero que en todo caso le demos la suficiente variedad temática, completando las poesías con la actuación de este joven y gran guitarrista, descendiente de mi tierra natal que nos tocará unas excelentes páginas musicales en los intermedios del recital.

Comienzo la primera parte, leyendo unos poemas de mi primera juventud. En esto de la juventud es evidente que uno tiene primera, segunda, tercera y hasta cuarta juventud. Estas poesías son de la primera.

Los poemas de la primera parte de mi vida poética oscilan en torno a la impregnación que me produjo Toledo cuando yo me vine a vivir a la capital allá por el año 1941, y -naturalmente- son poe-

sías escritas alrededor de los 50. Por ello Vds. perdonarán que algunas muestren una cierta bisonñez. Como digo tienen dos temas dominantes, la imagen de Toledo y los motivos amorosos propios de la edad.

Al soplo de la llama misteriosa  
que turba de inquietud mi fantasía,  
yo quiero darle vida a mi Toledo:  
Al Toledo embriagado de poesía  
que en las noches de luna se despierta  
mecido por la brisa,  
al que sabe de lágrimas y besos,  
de suspiros y risas;  
al que oculta sepulcros ignorados  
de apasionantes víctimas,  
que al hundirse la luz en el abismo  
corren a extraña cita;  
al que guarda fantásticas leyendas  
que al embrujo nocturno cobran vida,  
al Toledo de pórticos sombríos,  
de campanas que gimen letanías,  
de callejas, serpientes de las sombras,  
donde el Amor ferviente se cobija. . .

Al Toledo que estático y solemne  
mi espíritu fascina,  
y arranca de mi pecho conmovido  
torbellinos de mágica armonía.

En mi niñez, había un edificio que siempre me sobrecogía por lo que representaba de historia y tragedia. Era el Alcázar. No se si alguno de Vds. le recordará lleno de hierros retorcidos, antes de

reconstruirlo. Era impresionante la visión de aquel coloso destruido por el hombre:

Como vacías cuencas  
de un cráneo carcomido,  
las ruinas de la ingente fortaleza  
en el alto peñón lloran su exilio.  
Y en su gigante soledad parecen  
cadavérico símbolo  
de siglos de terrores y de lutos,  
fantasma apocalíptico  
de la feroz insensatez humana  
que al fin se vierte en mito...

Y allí donde las vigas desmayadas  
se entrecruzan en negro remolino,  
y de la alta techumbre la silueta  
recorta el infinito,  
un apacible grupo de palomas  
busca refugio tibio

y la oscura pared desvencijada  
se embalsama de arrullos cantarinos...  
La Paz -pensé- no sabe  
ya dónde hacer su nido.

Los temas amorosos de mi juventud están muy mezclados con la religión. Las niñas iban siempre recoletas y... «Ante el Cristo Tendido»:

De rodillas, cubriéndote la cara  
tu velo transparente de cristal,



ante el Cristo Yacente te vi un día  
en la bella y grandiosa Catedral.  
Pálida luz moría allá en lo alto.  
Silencio sepulcral.  
Sólo el triste lamento de los coros,  
de tan mística y dulce majestad,  
se oía entre sollozos de las tumbas  
a intervalos sonar...  
Te contemplé extrañado  
viendo tus labios tímidos rezar,  
¡No sospeché en tu frívola alegría  
que supieras de amor y de piedad!

Seguimos...

Tu calle y Toledo  
en extraño nocturno se envuelven:  
Un confuso latir misterioso,  
un ladrido tal vez que se pierde,  
una nota que rueda en la torre...  
y un silencio... Silencio imponente.  
Tu balcón entre verdes y rojos  
tu silueta en la noche protege;  
sólo un rayo atrevido de luna  
te ha besado en la frente.  
¿Qué contemplas callada en el cielo  
que estático duerme?,  
¿buscas luz que descubra en tus ojos  
ese azul transparente?,  
¿o un consuelo quizás a algún llanto  
que oprime tu mente?...

En tus ojos contemplo brillante  
una lágrima ardiente...  
Es amor lo que buscas; y es cierto  
que tu alma no puede  
vivir sin amor, como la rosa  
que sin la luz se muere.

Una característica de los jóvenes, al menos de los de mi época, era la timidez. Ibamos con una chica y, la verdad, no nos salían las palabras...

Cuando a las altas horas  
de la noche despierto,  
borrosa unos segundos  
tu imagen aparece en mi cerebro  
y un raudal de armonías,  
de sollozos y besos,  
de fogosas palabras,  
discurre por mi ardiente pensamiento...

¡Qué melódica luz de bellas frases!  
¡Qué apacible momento!

Ya sé que dirás cuando esto sepas  
que por qué junto a tí voy en silencio.  
Yo tampoco jamás sabré explicarme  
por qué ante tí enmudezco.  
¡Sólo sé que te miro y que te adoro!  
¡Quizás sea por eso!

Hay una imagen que aún ahora la recuerdo con mucho cariño.

Es la imagen de las niñas que tenían uniformes. En las Ursulinas, las Terciarias, la Milagrosa..., salían en fila y luego se disgregaban por las calles de Toledo... era un espectáculo verdaderamente delicioso:

Con inquieto murmullo cantarino  
que en sonrisas de amor radiante estalla,  
la negra hilera de embozados rostros  
por las grises callejas se desgrana...  
¡Qué diáfano vibrar de corazones!  
¡Qué fascinante luz sus ojos radian!

Duerme Toledo.  
Tu plácida vejez de glorias canta,  
porque en tu suelo aún fecundas brotan  
de ternura y candor brillantes lágrimas,  
y vuelan del amor las mensajeras  
de azul mirada, misteriosas almas.

Y termino esta primera parte de recuerdos de mis poemas juveniles con un breve poema muy corto que en cierto modo está impregnado de ese amor a Toledo que he llevado siempre dentro y que como decía el Dr. Sancho ha hecho que permanezca en Toledo toda mi vida a pesar de las ocasiones que haya tenido de marcharme fuera en pos de mi profesión. Ya saben Vds que se cuenta que cuando sonó por primera vez la campana gorda de la catedral, dicen que se rompieron muchos cristales de las vidrieras toledanas. Basiéndome en esa imagen, tradicional, hice este pequeño poema:

Cuenta la tradición,  
gigantesco eslabón de los recuerdos,

que al grandioso rugido de sus notas  
se estremeció Toledo;  
y una blanca nevada de cristales  
cubrió de luces su quebrado suelo...

¡Ay! si como Toledo yo tuviera  
una campana así dentro del pecho,  
que a su ronco sonido despertara  
mi corazón de su angustioso sueño  
y una lluvia de amor brotase al soplo  
de sus gigantes ecos...

\* \* \*

La guerra civil nuestra, que ya todos hemos realmente olvidado y superado, no obstante vista desde el recuerdo y en los años en los que yo escribí estos poemas, produjo un fuerte impacto en toda la generación nuestra, en varias generaciones propiamente hablando. No hay familia española que no tuviera graves problemas en aquellos trágicos años. Y a la generación mía, que se la ha llamado -y yo creo que con bastante propiedad- la generación del silencio realmente nos marcó; aunque, bien es verdad, que hemos superado estas marcas... Esta poesía de madurez (estuve mucho tiempo sin escribir entre los poemas jóvenes y ésta etapa) reúne dos aspectos de mi personalidad, de la personalidad de un ser maduro. Uno de ellos son los recuerdos tristes que mas han marcado mi infancia. Otro es el enfrentamiento, por vez primera, con la vida cuando se terminan los estudios, la lucha por situarte, por el trabajo... Llegar, como las curvas matemáticas, a encontrar tras una pendiente una zona plana, donde afrontas la monotonía de la vida y empiezas a perder ilusiones: Bueno, ya has llegado hasta aquí y ahora qué. La vida pierde aliciente, pierde interés... interés en el sentido de lucha.

Alguna de las poesías que he agrupado en esta segunda etapa, están impregnadas de estos sentimientos. Crece la familia y sientes que estas ya dejando tu existencia en esta prolongación infinita del ser humano que son los hijos. En este sentido estos poemas escritos hace años reflejan este primer ocaso.

Debajo del silencio  
los niños crecen,  
debajo del silencio  
los hombres mueren.

La noche del invierno me acompañaba  
arrojando mi frío su luz naciente,  
y en el colegio  
me dejaba cantando himnos de muerte.  
Años de infancia grises y solitarios,  
de dioses vengadores de ofensas leves.

Cuando volvió mi padre me dió su mano  
ya no tenía carne, ni era caliente;  
pero era mía  
y tenía caricias para mi frente.  
Y aquel otoño oscuro brotó mi barba  
como púas del alma hosca y rebelde.

El yunque del trabajo nos redimía  
en la partida España, calladamente.  
Y así mi madre  
unía los pedazos de nuestra gente.  
Y aquella primavera tuvimos casa  
y un pensamiento libre para ser fuertes.

Y escribíamos versos que nos hablaban  
de dignidad y justicia. Serenamente  
en nuestras almas  
ascendía la vida. Algunas veces  
mi padre enmudecía. Sus ojos claros  
se vistieron de luto ya para siempre.

Hoy quisiera olvidarme de aquel silencio  
respirando esta brisa nueva que vuelve.  
Pero ya es tarde,  
pues el tiempo se aprieta contra mis sienes.  
Habrán de ser mis hijos, los que recojan  
esta cansada antorcha que languidece.

Debajo del silencio  
los niños crecen  
Debajo del silencio  
los hombres mueren...

Otro poema de parecida temática, MIS RAÍCES:

Hoy tengo la estabilidad del olmo seco,  
del olmo de Machado.  
Raíces de la tierra fecunda  
se aferran a mis brazos  
y crecen a mi lado, enroscando mi tronco  
y arropándole  
con el verde ramaje de sus labios.

Qué trabajosamente España me regaste,  
qué dura y vieja tu corteza un día  
tremendamente largo.

Cuándo esfuerzo en crecer pisando lágrimas  
clavando mis raíces en el fango.

Y qué verdor presente el de estos brotes,  
qué ternura y qué fuerza  
les penetra en sus ramas desde abajo.

Y es que, España, tu tierra tiene un rico  
nitrógeno de vida en sus cantos,  
y aunque el olmo se seque  
de su inservible leña  
brotarán estos hijos del milagro.

Se lo decía al Dr. Sancho antes de comenzar. Hay alguna de mis propias poesías que me producen un nudo en la garganta... Espero que me perdonarán porque parece una estupidez que quien las ha escrito se sienta emocionado de nuevo al leerlas, pero es que se conoce que ya vamos para viejos...

Un puñado de tierra  
que dejó mi abuelo,  
y una modesta casa solitaria,  
en medio de las viñas  
a casi dos kilómetros del pueblo.

Mi niñez escondida  
entre libros y pájaros y flores  
y gañanes tejiendo su soguilla  
junto a la escandalosa lumbre de sarmientos.

Y a menudo los guardias  
del latifundio próximo

arrimando a la alberca sus caballos  
cansados y sedientos.

Y mi abuelo sentado en un sillón de mimbre  
con aquel grueso tomo de Quevedo  
a la sombra del pino centenario,  
largas horas leyendo.

Y la guerra pasada,  
como una historia amarga y vergonzosa,  
cubierta de silencio.

El sol me bronceaba la tristeza  
y el aire ventilaba  
mis, a veces, oscuros sentimientos...  
Aquel niño brincando entre las cepas  
y cubierto de polvo,  
con su alegría viva y su esperanza,  
aún le llevo dentro.

Todo poeta que se precie escribe sonetos. No es que me guste mucho esta forma tan cerrada de la expresión poética, que constriñe demasiado el lenguaje... pero hay que escribir sonetos porque sino no recibes el espaldarazo como poeta, o al menos como aficionado a la poesía. Estos dos sonetos que he elegido versan sobre dos ideas universales. Una, no hace falta describirla, el propio soneto la desarrolla. Dice lo siguiente, (habla sobre el Hombre):

Apenas si ha nacido y ya se apura  
por probar su brillante inteligencia,  
no admite otro saber ni otra experiencia  
que aquella que su propio ser procura.



Pronto el amor absorbe su conciencia,  
y vive entre la noche y la locura  
ese engaño fugaz que con dulzura  
nubla nuestra razón con su vehemencia.

Y nace su ambición, su ser maduro,  
que le impulsa hacia el próximo mañana;  
triunfará y regirá su propia suerte.

...Y así con el señuelo del futuro  
esta inocente criatura humana  
avanza distraída hacia la muerte.

El segundo soneto que he seleccionado, trata sobre una idea que siempre me ha irritado mucho. Supongo que Vds. habrán conocido también a ese tipo de personas que fuera de su familia no quieren a nadie. Su familia, su mujer o marido, sus hijos y se ha acabado ya el amor para los demás, a mi siempre me ha parecido eso una barbaridad desde el punto de vista del ser humano. El amor es una cosa mucho mas amplia... Esa idea me movió a escribir este soneto. Le titularíamos: "Tu círculo de amor..."

A mi lado te encuentro en el sendero  
que asciende lentamente con la vida.  
El destino nos lleva en la subida  
trepando por el mismo rodadero.

Sin sospechar tu pedestal de acero  
te traté con amor, y la sentida  
amistad que brindé, fue sometida  
a tu insensible y contumaz rasero.

Hoy conozco el amor que ha saturado  
tu enano corazón y te pregunto:  
¿cómo puede el amor ser limitado

a ese pequeño y familiar conjunto?  
Como tú hay muchos más... que no han amado.  
Su círculo su amor es sólo un punto.

En esta etapa yo solía hablar con Dios con frecuencia. No me entendía muy bien algunas veces. Sobre todo no nos entendimos bien por la oscuridad que rodea al ser humano en la vida. Este es uno de los diálogos que con Él mantenía:

A veces en mi mente no hay ideas  
sólo palabras y sonidos vagos,  
nieblas confusas que ilumina el sueño  
con su luz instantánea de relámpago.  
Todo está disgregado en mi cerebro  
que ahuyenta caprichoso su cansancio.  
Valores y conceptos se derrumban  
en vertical colapso  
dejando el esqueleto de mi alma  
desnudo y calcinado.

Y así desconocido me contemplo  
al borde de este mar desorbitado,  
que arrastra las arenas de mi playa  
al fuego apasionante en que me abraso.  
Y te sigo luz vaga y veleidosa  
por ese tu sendero atormentado  
dejándome morir en cada sueño  
y muriendo feliz en este caos.

Y me abruma vivir y haber nacido  
y me duele morir tan ignorado,  
y me angustia ese cielo tan vacío  
y me hiere el amar y ser amado.

¿Por qué me han traicionado tantas cosas  
que eternamente acusarán Tu paso,  
aquellas que dotastes generoso  
del tiempo y la quietud que me has negado?

Me diste amor y se inundó mi pecho  
derramándose en vano,  
me diste inteligencia y la dejaste  
en medio de un camino desolado,  
sin luz para llegar hasta la cumbre  
donde incansablemente estás callado...  
¡Me diste un pensamiento y no comprendo  
porque le concebiste limitado!

Pero aquí estoy, Señor, desconocido  
de Tí y de los demás y solitario,  
como una más de tus amadas cosas  
inútiles que pueblan el Espacio,  
esperando que ocurra algo impreciso  
que alivie mi cansancio...

En tanto tengo amor y tengo alma,  
tengo fuego y dolor entre mis manos,  
tengo luz y placer y tengo vida  
y hasta tengo una Fe que no he buscado,  
que alumbra con su frágil esperanza  
la inmensa oscuridad de lo ignorado.

Y para finalizar esta etapa, vuelvo otra vez a la idea que mencioné al principio, relacionada con la segunda edad, la edad de la madurez... cuando el hombre se enfrenta a su significado, a su soledad. A veces con un tinte de desesperación, que no es trágico, pero es rebelde ante el implacable paso del tiempo. Se titula por ello: La segunda edad.

Estoy como atrapado en esta cárcel  
sin luz y sin aliento,  
cada vez más sumiso y más cansado  
y cada vez más muerto.

Recorrí mi camino, altivamente  
a corazón abierto  
insaciable de anchura y horizonte,  
en un mundo desierto  
que poblé con estrellas infinitas  
de mi inmensa galaxia de deseos.

Derramaba el amor y en el trabajo  
se me hundían los dedos  
saciando cada día una esperanza  
y cada noche un sueño.  
Volaban las antorchas de mi alma  
y volaba mi cuerpo,  
llevando enardecidos los instintos  
y mi ambición al viento.

Pero todo se fue, penosamente,  
como se escapa del volcán el fuego  
y sólo queda la montaña altiva  
oscura y en silencio

Atónito aún estoy en este entorno  
de mi curvo universo,  
que limita mi vida poco a poco  
asfixiándome dentro.

Sé que llegué hasta aquí sin desearlo,  
inexorablemente como llega el reo  
al pie de los verdugos que le obligan  
a morir en silencio.

Esta metamorfosis de la vida  
me llegó antes de tiempo,  
y arrancando crisálidas del alma  
mi juventud se desprendió del pecho.

Desde esta detenida mansedumbre  
sólo espero sosiego,  
como esas aguas suaves que caminan  
a volcar su energía en mar abierto,  
dejando atrás su fuerza consumida  
en las duras turbinas del sendero.

Dudo que signifique apenas algo,  
esta mitad de vida que aún conservo,  
pues el hijo y el árbol y hasta el libro  
se quedaron ya lejos,  
y mis campos ahora son estériles  
como páramos yermos.

Pero no he de quedarme aquí enterrado  
hablándome en silencio.

Renacerá otra vez mi fe en el Hombre  
y viviré de nuevo,  
o este viento burgués irá secando  
la poca libertad que aún llevo dentro.

\* \* \*

Con frecuencia, a lo largo de la vida atravesamos etapas en las que nos paramos a pensar si habremos acertado en nuestra manera de vivir y dudamos de emprender nuevos caminos, porque toda la vida parece ya gastada en nuestro pasado. Yo he sentido profundamente esta sensación de vacío, pero siempre he encontrado un renacer de ilusiones para continuar. Esta poesía con la que comienzo la tercera parte de mi recital encara este sentimiento humano, que es por otra parte universal:

Una luz ilumina tenuemente  
la mesa donde escribo.  
La habitación callada en la penumbra  
casi no existe.  
Y una ventana gris se asoma el aire  
de un paisaje lejano y repetido.  
Y en el escaso resplandor del cielo  
se recortan las ramas puntiagudas  
de un árbol desnudado por el frío.

Todo está lejos: los árboles, el monte,  
la histórica ciudad, el río.  
El único calor le dá mi alma  
arropada al resguardo de los años  
que he vivido.

En esta soledad tan placentera  
me siento sin embargo dolorido;  
como arrancado de la tierra a golpes,  
de cuajo, de raíz, estando vivo...

Pero enciendo un cigarro, lentamente.  
Y me pongo de pie. Y hasta sonrío.  
Y me asomo de nuevo a la ventana  
y aliviado respiro.  
Allí está el horizonte transparente  
que en la paz de la tarde está conmigo.

Esta poesía que les voy a leer a Vds. está hecha a un amigo mío toledano que murió hace unos años, que yo quería mucho. A todos se nos ha muerto un amigo, es una de esas cosas... Y como la amistad es un amor generoso que no implica ningún tipo de egoísmo interesado, la muerte de los amigos es tremendamente dolorosa. Como sé que a todos Vds. les habrá pasado algo así me imagino que sentirán lo mismo que yo... No se si llegaré al final...

Tu enorme corazón abierto y ancho,  
-amigo de mi alma, viejo amigo-  
que regaba de amor tu vasto mundo  
hoy ha roto su ritmo  
y se estremece  
mortalmente dañado y malherido.

Nunca pude adivinarte triste,  
nunca pude imaginarte hundido,  
postrado en la penumbra fría y trágica  
de este blanco hospital desconocido.

Te recordaba lleno de alegría,  
con esa fortaleza de granito  
capaz de echarte al hombro, como un Atlas,  
una montaña entera de conflictos.

Te recordaba así, como un gigante;  
riendo divertido  
de todas las minúsculas ruindades  
de este mundo mezquino...

No quiero verte aquí desarbolado  
y en el lecho tendido  
como un álamo negro de tus campos  
por el rayo abatido.

Tu corazón no puede ser de carne  
con ese generoso contenido  
con tanto amor llenando las arterias.  
No puede estar vencido  
como un despojo más que va dejando  
la muerte en su camino.

¡Lucha otra vez, rebélate a la noche;  
no aceptes el oscuro veredicto!  
Hazlo por la amistad y la esperanza  
que tanto tiempo nos mantuvo unidos;  
renace de tus últimas cenizas,  
¡no te mueras amigo!

Como ya he leído muchas poesías seguidas sentimentales, voy a pedir a un amigo mío que ha venido desde Madrid, mi querido amigo Víctor Borreguero, muy entrañablemente unido a Toledo,



profesor, escritor y muchas más cosas, que lea éstos versos por mí y se lo agradeceré mucho. Está hecha a la muerte de mi padre: Víctor, por favor:

«Hace unos días me llamó Gonzalo y me dijo: te mando ahí unos poemas por si te tengo que poner en el compromiso de que yo no pueda llegar al final de alguno de ellos y ahora cuando he llegado me ha dicho: Seguro que el de la muerte de mi padre no voy a poder concluirlo sin que se me quiebre la voz.

Bueno, yo conocí a Gonzalo políticamente, no le conocí como amigo, no tuve esa suerte. Yo llegué a Toledo un día por una oposición que hice aquí, de profesor, a enseñar filosofía a los muchachos y muchachas de Toledo y me volví a Madrid. Pero mira por donde poco después me mandaron aquí con responsabilidades culturales, como delegado provincial de cultura y conviví y estuve con la mayoría de los aquí presentes y me hice su amigo y es una de las cosas que guardo en el corazón, porque la cultura es un poco como todos sabemos el alma de la tierra. Y después resulta que Gonzalo Payo era Presidente de la Diputación Provincial, y era el presidente de un partido, un partido que habíamos hecho entre unos cuantos visionarios, muy pocos, un partido que se fue porque se tenía que marchar, claro. Y luego resulta que él fue presidente de Castilla-La Mancha. Primer presidente, creo que un gran presidente, y me pidió que me viniera con él de jefe de su Gabinete y así todo lo que yo recuerdo de Gonzalo, que es mucho de política, resulta que queda totalmente tapado, por lo que recuerdo del amigo. Y me encuentro con que lo que en mí queda es el amigo, el hombre; que encima de ser poeta, un poeta que desgrana aquí sus versos y se desnuda... y ver aquí a Gonzalo desnudo espiritualmente es terrible. Ante un poema como este yo lo único que puedo hacer, porque no soy ningún rapsoda ni muchísimo menos, es soltar sus palabras y que vuelen por aquí, por esta Academia, por ésta maravillosa sala, y que

vosotros las aplaudáis, que vosotros las sintáis: "A mi padre":

*...»No llegaré lloroso y afligido  
a postrarme a tus plantas con temor, -  
porque Tú eres, Señor, la bondad suma  
y eres también la suma comprensión»*

(De un poema de Marco Payo, 1887-1979)

## A MI PADRE

Estuve a verte, padre, en el silencio  
de este sol aún brillante del otoño.  
Me acerqué a tu descanso  
con el amor de los recuerdos vivos  
y el temor de saberte  
(como diría Russell)  
total y eternamente aniquilado.

Vengo poco, es verdad,  
lo he heredado de tí que rechazabas  
la antiestética imagen de la muerte  
culpando al Creador por este acto,  
un acto de mal gusto, que rompía  
la serena armonía del espacio.

Y aquí estoy  
acodado en el mármol.  
Pienso que vivo aún, porque te pienso  
tan vivo como yo, cuando te hablo.

-No quiero que me lleven ese día  
a hombros entre cuatro,  
que no quiero que nadie se moleste,

que no quiero -dijiste- que se haga  
el camino más largo-.

Que más dá padre, es un camino corto  
el que todos andamos.

Es un camino corto y pedregoso  
y torcido y angosto y maltratado.  
Y el secreto es andarle con firmeza,  
con sereno pisar, con alegría,  
respirando su polvo, y respirando  
el amor de las cosas y las gentes  
que encontramos al paso.

Eso es lo que aprendí en tu compañía  
en esas tardes largas a tu lado.

Serenidad, virtud y hasta prudencia;  
y cuantas veces -ay- no te hice caso.

Hoy en cambio tus juicios  
me parecen tan claros,  
que te siento encarnado en mi conciencia  
y tan próximo a mí, que si no fueras  
un hombre irrepitable  
sería como tú. No me hagas caso;  
sé que soy una copia de otro siglo,  
de un siglo más vehemente y más altivo  
y mucho más extraño.

Donde se tambalean los principios  
y en general son falsos;  
porque el hombre ha perdido su reposo  
y su serena lucidez de antaño.

Se piensa en un minuto y se resuelve

y se dicta y se ordena y se analiza,  
despreciando  
el sagrado placer de usar el tiempo  
como un aliento más del ser humano.

Padre, me voy. Contigo quedan  
el mármol y el ciprés aquí a tu lado,  
y contigo también se queda un poco  
de todo lo que soy, de lo que amo.  
No sé si nos veremos algún día  
en la nada sin fin  
que juntos tantas noches contemplamos.  
Pero si no es así  
sabe que trascendiste sobre el tiempo  
y yo trascenderé también, dejando  
lo que aprendí de tí a quien me siga.  
No es mucho, padre, al fin, lo que legamos,  
la voluntad de amar y la promesa  
de no hacer nunca daño.

En nuestro mundo uno de los problemas más serios que tenemos, es la falta de comunicación. El no encontrar una comunicación adecuada con los demás...

Nadie puede a lo largo de su vida  
ser sincero;  
porque no puedes desnudar el alma  
con igual sencillez que nuestro cuerpo.

Dónde encontrar esa persona amiga  
que te escuche en silencio  
y olvide tus abiertas confesiones  
y el dolor de tus íntimos secretos.

Cada hombre es un mundo encadenado  
hermético y violento,  
que como los volcanes apagados  
lleva las llamas dentro.

Si algún día el destino nos acerca,  
si algún día te encuentro,  
¡qué alivio sentiré de vaciarme  
y llenarte de mí completamente,  
abriéndote mi pecho!

Pero sé que no existes  
y que jamás podré verte a mi lado.  
Porque en este desierto  
nadie muere por tí; y en el camino  
ninguno puede revivir tus horas  
y pocos pueden compartir tus sueños.

He escrito muchos poemas relacionados con diferentes tipos de mujer que he encontrado a lo largo de mi vida y traigo dos muestras de un tipo de poesía, que bucea en la difícil comunicación entre el hombre y la mujer.

Esta fue dedicada a una diputada, muy lista, que a menudo charlaba con ella muy amigablemente y sentía un gran placer en hablar con personas inteligentes y sensibles en un ambiente tan hostil como es la política.

Serenidad y dulzura y equilibrio.  
Claridad y transparencia  
y una sonrisa...

Y unos ojos profundamente claros  
bajo una hermosa frente  
casi perfecta.

Y hablando largamente  
de amor y de otras cosas  
casi tan bellas:  
de la mujer y el hombre y de su vida  
y de su soledad, siempre asomada  
al borde mismo de esta parda Tierra,  
que es más oscura y gris de lo que dicen,  
que no es azul siquiera.

Pero no importa,  
aquí estamos tu y yo, reverdeciendo  
toda una larga historia  
de profundas vivencias.

Somos hombre y mujer,  
casi distintos, casi sin conocernos,  
adivinando nuestro mundo apenas;  
y sin embargo hablamos  
porque nuestro lenguaje es único y sencillo  
es el idioma universal, que llega  
a través del sendero  
que abre la inteligencia.

Hay otro tipo de mujer que es completamente distinto: el ama de casa. A veces intuyes en muchas dulces amas de casa, su deseo de romper un poco las cadenas de la monotonía. Y de hecho hay mucha poesía femenina sobre éste tema:

Buscas la libertad que te redima,  
la libertad total.  
Libertad que tu apenas has vivido.  
Libertad de soñar.

Pero la libertad es algo que se gana,  
que no vas a encontrar;  
y por eso, mujer, luchas en vano  
contra tu indivisible identidad.  
Y hasta quieres romper los pedestales  
de tu frustrado templo  
y comenzar de nuevo una escalada  
que anduviste ya.

Quieres dejarlo todo  
Dejar tu descarnada realidad  
abandonar la niebla y alumbrarte  
en esta encadenada oscuridad.  
Como una nueva Lot vas caminando  
valiente y temerosa  
de mirar hacia atrás.  
Y sin embargo estás como clavada  
en este suelo plano  
donde todo es igual.

Yo te animo, mujer; araña el aire  
y envuélvete en la brisa que se va.  
Vete con ella,  
no vuelvas ya.  
Deja éste gris remanso,  
deja la paz;  
busca el espacio limpio y las estrellas

y ofrécele a los vientos esa oculta  
necesidad de amar.

Hay un tema muy entrañable para todas las familias españolas, que es la Navidad. Y una de las pocas cosas que aun se respetan de nuestras viejas tradiciones, es esta reunión de todos los familiares durante esos pocos días señalados... Con todos los problemas existentes en las familias y todas las dificultades que entraña la convivencia.

Todos los que vivimos hemos vuelto  
y estamos juntos  
estas horas tranquilas,  
que una vez cada año reverdece  
nuestra vieja familia.

No sé si mucho o poco nos amamos  
o es sólo nuestro amor triste rutina;  
pero hemos vuelto para dar un cierto  
testimonio de vida.

Toda la soledad de nuestra historia  
de esa historia sencilla,  
que el mundo entero vive como suya,  
vuelve a ser revivida,  
en el calor pequeño de las cosas,  
en el recuerdo de los que se fueron,  
en la oculta piedad de una sonrisa.

Yo sé que hay más amor en otro sitio  
y sé que hay odio a veces escondido  
en los oscuros pliegues de la envidia,



de absurdas frustraciones familiares  
y esperanzas perdidas.

Y sé también que lejos de este huerto  
han brotado encendidas  
las más hondas raíces del afecto  
jamás sentidas.

Però la tarde es blanca y generosa  
y en esta Navidad tan repetida  
sólo queda el amor llenando el aire  
y todo lo que fue dolor se olvida.

El tema de la muerte siempre es una constante en el ser humano, no solo mía y de mis versos, sino de todo el mundo que reflexiona...

Sé que no está lejana mi partida  
aunque tal vez no sepa porque muero.  
Quizá porque he vivido intensamente  
y he gastado mi cupo  
de amor y sufrimiento  
¿Dónde estaré cuando la Nada sople  
mis cenizas al viento?  
¿Qué rincón del espacio  
guardará mis secretos?

Será un lugar tranquilo y luminoso,  
cálido y en silencio.  
Será un lugar sin duda confortable  
ese rincón del cielo.

Llegaré y te veré; os veré a todos  
los que os fuisteis primero  
y juntos formaremos la tertulia  
que los cuatro jinetes  
un día no lejano interrumpieron.  
Y hablaremos de historia, del amor y del hombre  
y de su soledad y su esperanza  
y de tanto dolor que no entendemos...

Pero quiero olvidarme día a día  
de este presentimiento,  
porque debo agotar todas las horas  
que aún quedan en mi cuerpo  
para sembrar amor a manos llenas  
en esta hermosa tierra  
que poco a poco dejo.  
A lo mejor un día fructifican  
estas ansias de amar  
y espigan con el sol; y sus destellos  
desde algún punto del lejano espacio  
alcanzamos a verlos.

Y finalizo ésta tercera parte con un poema al cual ha hecho  
mención el Dr. Sancho en la introducción:

Hoy he estado tumbado bajo un árbol,  
que ya era enorme cuando yo era niño,  
escuchando el silencio de la tarde  
y el acorde monótono de un grillo.

Todo el aire ha venido a saludarme  
y a traerme amoroso sus latidos.

Y una abeja silvando me ha rozado.  
Y un lejano graznido  
ha puesto el contrapunto disonante  
a un concierto redondo de jilgueros  
sesteando en los pinchos.  
Y una mosca asombrada se ha posado  
un instante en mi frente y ha sentido  
el calor de la vida transpirando  
y luego se ha integrado en el espacio  
y se ha perdido.

Yo nunca estaré sólo en esta tierra  
de la que soy cautivo.  
En esta tierra castellana y seca  
el silencio está vivo  
lleno de luz, de pájaros y flores  
y lejanos ladridos  
que se funden en cálida armonía  
con el blando susurro de las hojas  
de los chopos, los cardos y los pinos.

Cuando yo muera quiero que me dejen  
donde pueda escuchar sonidos,  
que viven en el aire de mis campos  
que son el campo mismo.

Cuando yo muera, dejarme en compañía  
de este silencio vivo.

Y ya entramos, agradeciendo su paciencia, en esta última parte, en la que daré unas muestras de mis poemas recientes, tal vez un poco más difíciles de escuchar porque están escritos en verso libre, lo cual se debe en parte a la sugerencia de un amigo aquí presente, Mario Paoletti, que me retó a hacerlo, pues intuía que siempre andaba rozando esta ruptura con el verso clásico y no la había hecho hasta ahora. Por ello llevo un año preparando este libro en los ratos que uno tiene ganas de escribir, que no ocurre siempre. Porque esto de la inspiración es verdad, no siempre puede uno adquirir la necesaria tensión espiritual para escribir poesía.

Y así como un artículo se puede hacer sin muchas ganas, en el verso no hay manera. El alma tiene que estar en determinado estado de tensión para poder escribir.

Son versos, en esta etapa, en los que a veces se muestra una cierta rebeldía ante la sociedad en que vivimos o tienen un aliento lírico, describiendo la naturaleza y el ambiente, que tanto amo, de mi tierra. O, en otros casos, tienen un marcado carácter trascendente sobre la tan simple y no por ello menos grave pregunta de :¿qué hacemos aquí y adónde vamos?

Tumbado estoy al borde de este río  
que refleja mis sueños.  
La hierba húmeda y verde  
tiene un aroma de mujer hermosa  
y moja mis mejillas  
refrescando el perfil de mi cansancio.

Un mundo milenario de pequeños amigos  
que viven entre briznas de la orilla  
recorre un laberinto de minúsculas flores  
y se sube y se cuelga con sus hilos de plata,

y huyen de mi calor  
y de la cercanía  
de mi mano inocente que se enreda en la hierba.

Un chasquido en el agua y una carpa se asoma,  
un ruiseñor abronca la soledad imprecisa  
y un avión en el aire, no mayor que la abeja  
que liba en una jara,  
ronronea lejano.

La encina me adormece  
con su sombra tupida,  
y el alma se me aquietta  
al murmullo del río...  
Siento como si abriera  
el portón de la vida  
y el alma se ahuyentara hasta el final del tiempo.

Un árbol que muere es un espectáculo impresionante. Sobre todo si es un árbol gigantesco, como este de mi pequeña casa en el término de Pulgar. Se titula el poema: El viejo pino

La ruina inacabada de tu muerte,  
tu rama desigual y solitaria,  
brazo inerte de un tronco que agoniza,  
es todo lo que queda  
de cien años de vida en el secano.

Te conocí de niño con tu pompa frondosa  
que albergaba jilgueros y gorriones  
y tordos volanderos.  
Y mecía columpios de los niños del campo  
y nos sonaba a selva en los días de aire

como si en esta tierra que alimenta terrones  
de pronto floreciesen las frondas africanas.  
Testigo desde lejos de insólitos amores  
y dolores de guerra  
y alegrías colgadas de tus brazos robustos.  
Al llegar el verano buscábamos tu sombra  
o ascendíamos prestos gateando en tus ramas  
para mirar el ancho horizonte amarillo.  
El aire de tu copa  
parecía tan puro  
que duraba un invierno en nuestro pecho joven.  
Y te has muerto de viejo.  
Te has muerto poco a poco, con la lenta agonía  
de los seres humanos, que ambiciosos pretenden  
ser también inmortales.  
Te has muerto rama a rama  
como los labradores de mi tierra  
vencidos por el sol y la sequía  
y cansado de ver los campos yermos  
ya sin hombres labrando  
y sin niños mojándose en los charcos...

Como tu nos iremos poco a poco  
llevándonos al cielo las nostalgias  
de esta insólita tierra.  
Este cuerpo tal vez se torne polvo  
como tu tronco viejo,  
pero algo nuestro quedará en el aire  
flotando en el recuerdo  
y quedará en la historia.

No sé si a Vds. les pasará, pero cuando se llega a cierta edad,

resulta que han muerto familiares cercanos, amigos, padres... Y uno vive de alguna manera impregnado por el recuerdo, por la huella, por las voces, las actitudes y los gestos que hasta se reflejan en los de los hijos y los nietos... Ese sentimiento de estar unido a los que se fueron es una realidad viva, es un sentimiento muy generalizado y desde luego un sentimiento universal...

Quando clavo en la tierra mis raíces  
y miro en torno mío  
la casa aquella  
de mi niñez lejana y solariega  
parece un cementerio de recuerdos.  
No sé sinceramente  
cual es el mas real de nuestros mundos  
si este que cada día reverdece  
ansias de eternidad  
o la misma eternidad que alberga  
a todos los que un día enmudecieron.

Hablo y sueño con ellos cada noche  
y oigo latir sus voces a mi lado  
el timbre familiar de su llamada  
la nota dulce de una madre joven  
la suave autoridad de un padre bueno.  
Al dejar de luchar y en el remanso  
de esta cálida etapa detenida  
en la antesala del adiós postrero,  
me siento acompañado,  
invadido de amigos que dejaron  
este infinito caminar absurdo  
muriéndose a destiempo.

Tal vez en este extraño  
revoltijo de vivos y de muertos  
esté la clave de este ser inerte  
que inventa paraísos y esperanzas  
para aliviar su incomprensible sueño.  
Y no sé si olvidando se consigue  
estar más vivo o ser más transparente  
a este constante renacer del tiempo.  
Pero no se olvidar. Y aunque supiera  
algo me impide hacerlo.

La idea de la muerte que desde un concepto cristiano, al cual naturalmente estoy integrado generacionalmente y por mi formación familiar, a muchos de nosotros, simplemente por nuestro componente humano, independientemente de la religión, nos produce, a veces, un sentimiento de irritación, de ira, que nos mueve a preguntarnos: Esto ¿qué sentido tiene? Lo hemos sufrido todos... y se puede paliar con algunas reflexiones... Pero este sentimiento de ira, yo le he sentido muchas veces y sobretodo en estas tragedias cercanas inesperadas, que ocurren en todas las familias. En este poema trato de reflejar ese estado de ánimo.

Con sangre voy tejiendo mis últimos lamentos  
de ser irracional perdido en mis razones.  
Cada día que pasa se despierta en mi lecho  
un renovado brote del árbol de la ira.

Lo que antaño fue esqueje de raíces rebeldes  
es ahora un enorme matorral espinoso.  
Me clavo mis espinas sin poder evitarlo  
y los frutos granados derraman sus esencias  
abiertas por el tiempo.



Ya no sube la sabia que riegue mi esperanza,  
la inmortal esperanza que me empujaba a ciegas  
a llenar canjilones en aguas cristalinas.  
No funciona la noria, se ha secado el venero  
y Tu sigues callado impasible ante el Hombre  
que araña el firmamento buscando tu escondite  
tras las últimas luces que llegan desde el cosmos.

Cuánta esperanza rota,  
cuánta estúpida espera con la razón armado  
para al fin, derrotado, buscar una plegaria  
que al calor de la infancia se refugió en mi pecho.  
Todo se desvanece y al final nada queda  
y los pocos despojos de mis huellas aún vivas  
la distancia y la ausencia reducirán a polvo  
un polvo enamorado que cubrirá mis huesos  
eternamente fríos.

No me digas que es tonta esta absurda tragedia  
que a todos nos enrasa con la desesperanza.  
A mi me invita al odio y me enciende la ira  
y arranco las estrellas  
para buscar el cielo detrás de su negrura  
confuso y engañado por saberme perdido  
en este laberinto de inútiles misterios.  
Ya sólo me consuela tumbarme bajo un árbol  
y escuchar el susurro de las hojas y el viento  
y sentir los lejanos ladridos de los perros  
eternamente alegres con su dios tan cercano...

Y después de la lluvia oler la tierra tibia  
y cerrar bien los ojos recordándome niño  
y dormirme pensando que al despertar mañana  
hallaré una esperanza que no se haga pedazos.

Los poemas patrióticos no han sido nunca mi fuerte, pero a veces uno siente cosas, dentro de esta bonita afición que es la poesía y tratamos de reflejarlas. Este es un poema, sentido, sobre España, que titulo: España, éste país:

España, este país  
de mus y bulla y olor a calamares,  
de amarillos secanos  
y olivares trepando por los cerros  
y de encinas y robles a millares;  
de paloma torcaces  
y tractores arañando un suelo muerto.

España, este país  
de ríos turbios y arroyos cristalinos  
cayendo desde el monte al valle angosto,  
de huertas esforzadas  
y pantanos con el vaso a media asta.  
España de viajeros  
tumbados en la arena,  
ajenos y lejanos,  
ignorantes del alma arrodillada  
que contempla su rubia indiferencia.

País de norte verde y ceño airado  
de pueblos separados por dendritas de sangre  
y babeles ficticias  
y africanos desiertos.  
No quiero ver tu suelo dolorido  
sembrado de langostas  
que vuelven de la guerra  
con su plaga de pillos a la espalda.

Déjame que me aleje  
con mi carga de sueños irreales  
antes de verte enferma  
antes de ver tu vientre subastado.

España, mi país, déjame amarte  
no rechaces mi amor a tus trigales  
no me niegues el agua de tus ríos  
no me ocultes el verde de tus vides  
no maltrates los dulces olivares.

España, mi país, déjame amarte  
y recordar la fe de mis raíces  
y abrazarme a la tierra de tus campos  
cuando llegue mi adiós definitivo...

Esta poesía que ahora voy a leer, está inspirada en una protesta muy normal en las gentes que amamos el campo y algunos amigos aquí presentes lo conocen bien, ante el hecho de haber puesto vallas en las grandes fincas, haber puesto alambre de espinos, y haber encadenado, enjaulado, sierras enteras... A mi esto me horroriza y me subleva hasta la ira.

Han vallado los campos,  
han cerrado sus puertas con alambre de espino,  
han segado la hierba,  
han clavado cemento en las malvas silvestres.

Son los mismos que afloran como gramas salvajes,  
son los mismos de siempre,  
llegados a raudales escalando en la noche  
pisando calaveras de los hombres del campo,  
nutriendo sus raíces del sudor de las gentes.

Son los mismos trepando por las mismas colinas  
que una vez conquistadas  
recubren con alambre, bandoleras y hierros.  
El campo queda ahogado,  
la encina sojuzgada,  
el olmo reducido  
y el arroyo cercado con un dogal de púas  
como un puñal clavado en sus aguas valientes.  
El ciervo ya no pasta descendiendo laderas  
come en corral de vacas y engorda envilecido  
esperando la muerte en el ruedo del monte  
a toque de trompetas  
y al insulso destello del visor de los rifles.

Han vallado los campos y la fauna es esclava  
ya todos son ovejas cabizbajas y tristes,  
ya no crece la hierba en los pastos de antaño  
ya no chillan las águilas en los riscos del monte,  
todo es cárcel gigante bajo el sol de mi tierra.  
Son los mismos de siempre  
que esclavizado el hombre  
extienden alambradas en barbechos y eriales  
para que nada escape  
al poder de su garra.  
Mueren las libertades y yo muero con ellas...  
que no quiero cadenas en mi espíritu libre  
que no quiero alambradas en mi tierra salvaje.

Otro motivo de irritación es que los que hemos aprendido el lenguaje de los pueblos, porque nos hemos criado de pequeños en el mundo rural, nos molesta mucho, nos enfada, el que se hagan tergiversaciones de este lenguaje y que vayan algunas gentes a los pue-

blos tratando de imitar su sencillez, que seguro no comprenden, y la confunden con rusticidad...

Oh pueblo conducido  
que te llevan a golpe de palabra,  
de engaño tras engaño,  
de incumplidas promesas.  
Oh pueblo conducido y resignado  
que te dejas llevar tan mansamente,  
que confundes el tono  
de las voces auténticas del pueblo  
con la burda imitación de lo sencillo,  
que te ríes sin gana ante el halago  
incapaz de distinguir su fraude.

No llores cuando llegues a la orilla  
de los ríos sin cauce,  
no lamentes tu suerte  
por ignorarlo todo de ti mismo.  
El mapa de la historia está en tu frente  
y ya sabes leer  
en el rostro curtido  
en el surco de tierra enrojecida,  
en la falsa sonrisa del que llega,  
en la rota promesa disfrazada.

No escuches el mensaje traducido  
a tu simple lenguaje.  
Es mentira que sepan estas gentes  
hablar tu lengua llana...  
hace falta milenios para hacerlo  
la imitación no basta.

Volvemos a la preocupación por nuestra desaparición de este planeta tan bonito. Todos, y hay aquí personas que han sufrido este dolor recientemente, tenemos la espada de Damocles de la muerte sobre nuestra cabeza. Amigos, familiares, conocidos, han soportado con entereza la terrible condena de ver llegar su final abiertamente, ante una enfermedad no superable. Este temor le tenemos, ya digo todos...

Si algún día me dicen que se acaba el camino,  
que este andar presuroso se detiene de pronto  
¿qué pensaré de mi,  
y cuál será mi soledad postrera?  
¿Afrontaré sereno mi cita con la nada?  
¿Buscaré entre la bruma  
la luz que nunca veo?  
¿Recurriré al consuelo de promesas divinas,  
buscaré en los confines del universo algo  
con que apagar mi sed de eternidades rotas?

Si algún día me dicen que se acaba esta senda  
¿mantendré la estatura de mi valor de antaño?  
¿lucharé contra el viento que me arrastra,  
o moriré en silencio resignado y confuso  
como un can laminado en el asfalto negro?

Si algún día me dicen  
que mañana termino mi infinito comienzo  
y dejo tantas cosas brevemente iniciadas  
¿quién atará los cabos  
de tantas ilusiones presentidas,  
quién vivirá mi tiempo tan escaso?

Espero que me quede la dignidad de amarme  
y de amar lo que dejo,  
y el consuelo de poder contemplar estas raíces  
clavadas en el suelo de mi alma  
que cada vez rebrotan con más fuerza  
haciendo mi camino casi eterno.

Este poema titulado Muerte Anónima, es un poema que describe lo que con frecuencia sentimos ante el continuo dolor de los seres humanos, las injustificables guerras, la barbarie...

He nacido y vivido y he dejado  
un lecho de guijarros ya redondos  
de tanto caminar en mi torrente.  
Mi crónica es historia ya de décadas  
compactas o partidas en pedazos  
según iba mi suerte.

Pero aún estoy aquí mirando el firmamento  
gozando de palparme y verme libre  
y soñando en llegar a los noventa  
para dejar más huellas de mi paso  
y amar más aún si cabe,  
y para averiguar  
si la esperanza eterna  
que tenía Unamuno se confirma,  
pues me sobran deseos de estar vivo.

Y sin embargo tú joven soldado  
que mueres cada día inútilmente  
sólo has visto miserias y estampidos  
y aún no sabes el ruido de la risa.  
Pero has muerto...

Ya ha muerto el niño negro  
flaco y triste,  
asomando los ojos detrás de su esqueleto.  
Jamás sintió el halago de brillar en la escuela  
ni percibió el aroma de la hogaza crujiente  
ni el rumor de las olas dormitando en la playa,  
ni el placer de acostarse entre sábanas blancas  
leyendo a Julio Verne o Enid Blyton.  
¡Ha muerto tanto joven en las guerras  
y en la dura batalla de las urbes  
o en el infecto foso irracional del hombre...!

Qué esfuerzo tan inútil fue su vida  
qué absurdo despilfarro fue su muerte.  
Pienso que la naturaleza está confusa  
aferrada a sus leyes implacables  
al ver como el destino se equivoca  
segando tantas vidas y a destiempo.

Y término con un poema, y con esto finaliza este acto, este recital poético, que abusando de su paciencia me ha cabido el honor de presentar, con un poema -digo- en cierto modo inspirado por una frase de mi mujer que se queja un poco de que algunas de mis poseas son tristonas. Y creo que tiene razón. Pero cada ser humano tiene su propia visión de la vida:

Te quejas de mi verso melancólico.  
Me acusas de envolverme en la tristeza  
escondiendo la luz de cada día  
en mi negro rincón de pesadumbres  
en mi inquietud perpetua  
y en la desesperanza de un cielo despoblado,  
que sólo tiene estrellas...



Tienes razón en tu reproche sabio  
mi poesía se duele con la duda  
de este morir cansado y permanente...  
No se escribir de amores complacidos  
ni de niños que juegan en la calle  
ni de madres que adoran su esperanza  
ni de dioses que velan en la noche,  
ni del sol que atraviesa los cristales  
iluminando nuestra larga espera.  
No escribo de nenúfares y lirios  
ni me inspira el lenguaje jeroglífico  
barroco y preciosista,  
que disfraza el calor del sentimiento  
en un mundo de flores y de gnomos.  
No escribo de la vida que me abriga  
durante el corto trecho hasta la muerte,  
ni del amor sereno,  
ni de la vanidad de mi andadura  
burguesa y comfortable...

Mi cuerpo queda atrás cuando yo escribo  
como una carga inútil  
que tengo que arrastrar forzosamente  
para que el alma viva.  
Cuando escribo me asomo desde dentro  
de la dulce negrura de mi mente  
donde el hombre se pierde y se reencuentra  
en cada pensamiento que genera  
¡Cuando escribo mi espíritu se rompe  
y vuelan con el viento  
pedazos de mi alma!